

**Seudónimo: Pipi.**

### **Por qué nunca voy a ganar el Quini.**

Nunca voy a ganar al Quini por una razón: porque no lo juego. Y si bien esa afirmación parece simple, tiene una justificación y una historia interesante detrás.

El Quini 6 es un juego de lotería en el que se intenta adivinar seis números del 1 al 46. Es decir que, para pegarla en un mísero numerito, tus chances de acertar son de 1 en 46; para acertar 2, las chances son 1 en 2116 ( $46 \times 46$ ); para acertar 3, 1 en 97mil y pico... y así hasta llegar a los 6, donde la cuenta ya se va a una muuuy chiquita posibilidad entre 9 millones y pico. Y esto es casi tan probable como que un día estés de vacaciones en Australia y te encuentres en la orilla del mar los lentes que perdió tu vieja ocho veranos atrás en Miramar cuando se la llevó puesta una ola.

Ahí es cuando te ponés a pensar: ¿Me puede pasar algo así a mí? O peor aún... ¿Me habrá pasado algo así alguna vez y no me di cuenta? Y suponiendo que alguna vez me pasó, ¿Cuántas veces puede pasar algo tan anti-estadístico en una misma vida? No creo que haya un número asignado de acontecimientos “extraordinariamente favorables” por persona ni nada parecido a eso. De lo que si estoy seguro es que mucha gente ha transcurrido larguísimas y hasta ya extinguidas vidas sin siquiera acercarse a una circunstancia de estas. Queda para otro análisis si es porque no lo buscaron, porque fueron mala gente y el universo los castigó, o porque quizás en realidad lo normal es que simplemente, estas cosas no pasen tan seguido.

Como ateo y escéptico que soy, me permito comprenderlos, no los culpo, entiendo lo difícil que es creer en algo que nunca viste ni sentiste cerca. Seguramente esta gente piensa que no existe tener tanta suerte, como esos desafortunados que creen arreglados todos los concursos sólo porque ellos nunca ganaron ninguno. Sin embargo, hace 17 años, sentí que ese mínimo porcentaje de probabilidades se había dado a mi favor, y de eso trata este relato:

Tenía 15 años y me encantaba la música pero no la entendía, entendía de matemáticas y otras ciencias pero no las disfrutaba, y recién se me estaba despertando el interés por las mujeres (que eran nenas todavía) pero no me movilizaba demasiado. En mi cabeza sólo había fútbol. Jugaba en las inferiores de Central Córdoba, iba a la cancha de Central siempre, jugaba a jueguitos de fútbol en la compu (todavía no existía la Play), miraba muchos partidos de todo el mundo por televisión y era capaz de quedarme una hora mirando un partido de metegol o un picadito en una plaza.

Y claro que uno desde que nace hasta que muere es hincha de su club, pero no tiene nada de malo reconocer que hay etapas de la vida en las que uno se lo toma con más calma y otras en las que parece un enfermo, un irracional absoluto. A mis 15 años estaba en la cresta de la ola del fanatismo por Central. Acampaba durante horas para conseguir entradas, me pasaba tardes enteras cortando papelitos para repartir en la cancha y viajaba cientos de kilómetros para ver

partidos intrascendentes que después los hijos de puta de Futbol de Primera te lo mostraban en un resumen de ¡14 segundos!

En ese contexto, no sé bien como fue, pero surgió un intercambio cultural entre mi colegio y un colegio mexicano, y luego de recibir 10 días a un mexicanito en mi casa, me tocaba visitar al país azteca.

Ni en pedo me pongo a hablar de lo maravilloso que fue visitar las pirámides, ni del smog ni del tráfico del DF. Lo importante pasaba por otro lado, porque mientras yo recorría México, Central jugaba en Cali, Colombia, un partido importantísimo por los cuartos de final de la Libertadores. Estando de viaje o no, al partido lo iba a mirar por televisión, pero lo que cambiaba era el contexto. Lejos de juntarme a verlo con amigos, con la familia o en un bar lleno de gente nerviosa y desesperada, a mí me tocó verlo solo, en la habitación de una casa de familia clase media-alta mexicana llena de banderas y cosas del Cruz Azul, que además eran completos desconocidos.

Transcurrió el partido, llegaron sobre el final los goles de Pizzi, se producía la tan famosa “hazaña de Cali” y mis gritos desaforados corriendo por toda la casa hicieron que la familia mexicana entera se meta a mirar conmigo los penales. Vino, por si faltaba algo, una de las series de penales más dramáticas que me haya tocado vivir, que como todos sabemos terminó en victoria. Grité, festejé, revoleé almohadones. No faltó nada. Y mientras la madre del mexicanito me sacaba fotos con su cámara de rollo, porque no le entraba en la cabeza como un pibito se podía poner así por un partido, mi vieja (que sí entendía todo) me llamó al teléfono fijo de la casa. “¡No sabes lo que es esto! ¿¡Escuchás Pipi!?! ¿¡Escuchás?! “, me dijo, sacando el teléfono por la ventana.



De todas maneras lo mejor estaba por llegar, al día siguiente jugaban Cruz Azul y River, por otro partido de cuartos de final. Ganó Cruz Azul, y eso significaba que a los siete días se iba a jugar una semifinal de Copa Libertadores entre Central y Cruz Azul en el Estadio Azteca de México ¡Y yo todavía iba a estar ahí!

Apenas me enteré empecé a molestar a todo el mundo para conseguir entradas, y pese a que había actividades planeadas y que se yo que más, ahí estuve, junto con un montón de hermanos canayas que habían viajado para ver lo que era uno de los partidos más importantes de la historia del Nuestro.

Rosario Central al momento de escribir esto tiene 129 años (47000 mil días y pico) y jugó sólo 1 (UN) partido oficial en México\*, agregando que en todos esos años sólo alcanzó 2 veces la instancia de semifinales de la Copa. Y yo, en 32 años de vida (que son casi 12000 días), estuve sólo 11 en el D.F. No me da la cabeza para hacer la cuenta de cuántas probabilidades hay de que ocurra semejante coincidencia. Lo único que puedo asegurar es que es casi tan probable como ganarse el Quini o encontrar unos lentes perdidos en un océano del otro lado del mundo.

¿Por qué decidí no jugar al Quini? Porque yo siento que en ese junio de 2001 me lo gané, que le gané al destino y a las estadísticas, que algo tan improbable como meter 2 goles en 5 minutos y forzar unos penales en Colombia derivaron en algo más improbable todavía. Fue como ganar un Quini atrás de otro, y después de ese día me sentí satisfecho con mi suerte por mucho tiempo.



- (\*) Gracias por la colaboración en dicha estadística a Carlos Durhand, vía Twitter.